

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Al presentar estos dos volúmenes de trabajos, que recogen el homenaje que los amigos y discípulos del Prof. José Miguel Caso González hemos querido rendirle con ocasión de su jubilación académica y los veinte años de existencia del Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII (antes Centro de Estudios del Siglo XVIII), fundado por él, me he sentido movida a hacerlo con las palabras que tuve el honor de pronunciar en la apertura de las Jornadas dieciochistas que, como marco del mismo, se celebraron en Oviedo los días 13 a 15 de noviembre de 1992. Pienso que así el cálido espíritu, que en aquellos inolvidables días nos unió a quienes participamos en ellas, se prolonga de algún modo aquí, solapando los dos años largos que han sido necesarios para materializar en forma impresa las colaboraciones de todos, tanto las que fueron presentadas en aquellos días, como las que nos llegaron antes y después de esas fechas.

«Excmo. y Magco. Señor Rector, Ilmo. Señor Decano de la Facultad de Filología, queridos amigos:

Es para mí una satisfacción y un gozo inmensos ver reunido aquí un grupo tan nutrido y tan querido de amigos para testimoniar nuestra adhesión, afecto y gratitud al Prof. José Miguel Caso González, responsable en buena parte de que todos nosotros seamos, no sólo compañeros en la apasionante tarea de investigar sobre el siglo XVIII, sino —y muy entrañablemente— amigos. Amigos que, porque le queremos bien, deseamos ofrecerle eso que en el Setecientos gustaban llamar “públicas demostraciones de júbilo”.

Dos aniversarios se anudan en este singular anno Domini de 1992: los veinticinco años de su cátedra universitaria, con los que coincidirá, según la todavía vigente legislación universitaria, su jubilación académica, y los veinte de la fundación de lo que ha sido una de sus iniciativas más lúcidas y fructíferas: el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII. Dos vertientes de una trayectoria universitaria en la que se ha hecho realidad, una vez más, cómo la

vocación intelectual, cuando es sinceramente sentida y gozosamente vivida, resulta siempre fecunda.

Quienes hemos tenido la fortuna de trabajar a su lado durante todos estos años, sabemos mucho de su trabajo esforzado, de su dedicación a la docencia, de su insobornable avidez por seguir aprendiendo cada día, de su coraje y empeño para poner en planta, superando infinidad de obstáculos, una institución, tan poco rentable aparentemente, como la del IFES XVIII.

Cuando todavía el Siglo de las Luces era para muchos una época de transición, cuando no un tramo cultural que había desviado a España de su destino esencial, y el dieciochismo discurría dificultosamente por entre la frondosa nómina de estudios sobre la historia de los siglos anteriores y posteriores, José Miguel Caso González se propuso contribuir a facilitar el camino de su mejor conocimiento lanzándose a la aventura de crear un centro que, al tiempo que estimulara su estudio, permitiera a los dieciochistas agruparse y compartir de algún modo sus inquietudes y afanes. Una aventura en la que desde el principio quiso ir haciéndonos cómplices a un pequeño grupo —él, lógicamente, hubiera deseado que fuera mayor— que siempre nos hemos sentido como auténticos privilegiados; por colaborar en esa apasionante tarea y, sobre todo, por la dosis inagotable de sabiduría, estímulo y cordialidad que, dentro del más absoluto respeto a la libertad e iniciativa personales, ha sabido prodigarnos.

No me toca hacer a mi la crónica de esa aventura que forse canterá con miglor plettro Francisco Aguilar Piñal, incondicionalmente vinculado al Centro desde la primera hora, durante muchos años como miembro de su Junta Rectora, y hoy como representante de los cerca de sus trescientos Miembros Asociados. Yo tan sólo me limitaré a apuntar, desde el recuerdo y desde la confianza entregada amistosamente por el protagonista, algunas memorias de su personal viaje ilustrado.

Cuando el Instituto, entonces Centro de Estudios del Siglo XVIII, empezaba a dar sus primeros pasos, José Miguel Caso González llevaba tras de sí una ya larga y fecunda andadura profesoral e investigadora. Ya en el curso siguiente a la finalización de su carrera —hace ahora de eso cuarenta años— dio sus primeras clases en la Facultad de Letras de Oviedo compartiendo claustro con D. Enrique Moreno Baez, del que dependía como titular de la cátedra de Literatura española, Emiliano Díaz Echarri, Emilio Alarcos Llorach, Juan Uría Rúa, etc. en los tiempos nada fáciles del rectorado de Torcuato Fernández Miranda. Y nada fáciles por muchas razones; particularmente por la fuerte impregnación política de la vida universitaria y las consecuencias de todo orden que ello comportaba. Caso las padeció en su propia carne; precisamente por la vinculación a su maestro Moreno Baez, que por discrepancias ideológicas con las autoridades académicas, se vio obligado a tener que pedir el traslado a Santiago de Compostela. Esta penosa situación tuvo su contraparti-

da positiva. Moreno Báez, preocupado por que sus actividades o ideas políticas pudieran salpicar a su joven Ayudante, consideró que lo mejor que podía hacer era sugerirle que emigrara a Madrid. Y, efectivamente, hacia allá se fue.

Con su apoyo y el de D. Rafael Lapesa pasó a formar parte del recién creado Seminario Menéndez Pidal, donde trabajó entre 1954 y 1957, fundamentalmente en el estudio del Romancero tradicional español. Fueron cuatro años de trabajo intenso e ilusionado. Por las mañanas, junto a don Ramón, y por las tardes, en la Biblioteca Nacional y en el Archivo Histórico, reuniendo y completando la documentación sobre su Tesis Doctoral que, sobre el Prerromanticismo de Jovellanos, había empezado a preparar antes de su salida del Principado.

Porque ya entonces, como ahora, aunque su horizonte intelectual se desplegaba hacia un profundo y arraigado universalismo, tenía definido un centro de atención prioritario: el de la vida y obra de aquel hombre de bien a quienes sus padres, en razón de la fecha de su nacimiento, habían dado el nombre que la tradición asignó a los tres Reyes Magos, y que a sí mismo quiso darse poéticamente el de Jovino. Un hombre del que José Caso se había prendido y prendado siendo todavía un adolescente, cuando en las tardes de su bachillerato gijonés se acercaba expectante a los fondos que aun quedaban del Real Instituto, compartiendo inquietudes y conocimientos con su amigo del alma, Joaquín Arce Fernández. No creo exagerar, y que me perdone si resulto un tanto atrevida, que la historia del Caso dieciochista es la historia de una seducción. María Teresa —Mary para todos nosotros— que tanto sabe de ella, y que con tanta generosidad ha convivido con este singular menage à trois, está en las mejores condiciones de corroborarlo. Jovellanos condujo a Caso al siglo XVIII y, de su mano y de la de sus amigos (El Censor, Cabarrús, Meléndez, González Posada...) quedó seducido por un siglo que, pese a las presiones del ambiente intelectual, se le antojó deslumbrante y grávido de claves explicativas para el futuro.

Muchas cosas le he oído cantar con cierta deje de nostalgia de aquellos intensos años madrileños. Unas, referidas al rigor y honestidad intelectuales de don Ramón Menéndez Pidal, que tanta mella hicieron en él y con los que de manera tan plena y absoluta se identificó; otras, de su progresiva conversión a nuevos enfoques sobre el siglo XVIII —si se quiere, su particular caída del caballo—, a medida que se iba adentrando en la lectura de los textos y ellos —periódicos, folletos, manuscritos, libros— hablándole en su propio lenguaje, le iban resquebrajando la imagen de un Setecientos afrancesado, heterodoxo y antiespañol. «Mi Jovellanos —confesaba evocando ese derrumbe— ya no era el mismo a finales de 1956». Por eso decidió parar, en cierto modo, la tesis y volver a asentarla desde perspectivas nuevas.

En 1957 su vida cambió de rumbo, al ser nombrado Lector de Español de la Universidad francesa de Lyon, puesto en el que permaneció hasta junio

de 1960. *Fueron cuatro años decisivos; y me consta que inolvidables. Como para otros jóvenes profesores universitarios, el Lectorado en el extranjero representaba una magnífica oportunidad para abrirse a nuevos horizontes, acceder a lecturas que el celo de la censura hacían inaccesibles aquí, y enfrentarse a los hechos de la cultura desde un clima de independencia y de libertad. Su percepción de la ideología ilustrada y de Jovellanos sedimentó de lleno esta experiencia francesa, conduciéndole a alumbrar definitivamente un Setecientos que muy poco tenía que ver con la aprendida en la apasionada y exuberante lectura —por otro lado admirable— de Menéndez Pelayo. Lyon significó también el contacto diario con colegas como Jorge y Paula Demerson, con los que compartía idénticos intereses dieciochistas, y con los que llegó a fraguar una entrañable amistad, base de lo que, andando el tiempo, sería una fecunda relación entre los investigadores del Centro y los dieciochistas de la Universidad de Lyon, entre los que se encontraba el prematuramente desaparecido Joël Saugnieux.*

La cátedra de Instituto, obtenida en 1960, le devolvió definitivamente a España. La desempeñó primero, por unos meses, en Ponnerrada, y a partir de 1961 y hasta 1967 en Gijón, lo que le permitió compatibilizarla con la enseñanza de la Literatura en la Universidad de Oviedo y dirigir, desde 1965, la Cátedra Feijoo, fundada diez años antes en la Universidad por el Ayuntamiento de Oviedo para investigar y difundir las enseñanzas del Padre Maestro, y cuyas actividades, muy limitadas por lo demás, se reducían a la celebración de esporádicas conferencias y reuniones sobre el siglo XVIII y a la publicación de los Cuadernos de la Cátedra Feijoo. Sólo su increíble capacidad de trabajo explica que durante aquellos años pudiera entrelazar, con la mayor naturalidad y competencia, ambas docencias, publicar en cascada una veintena de artículos y cinco ediciones críticas, desempeñar la Secretaría del Ateneo Jovellanos, y preparar la cátedra universitaria que, efectivamente, obtuvo a finales de 1966.

En los primeros años de 1968 abandonó La Laguna, su primer destino y; por concurso de traslado, pudo regresar a Oviedo. Es cuando yo lo conocí. Venía con mucha ciencia, desde luego, pero sobre todo con mucha ilusión por impregnarnos de ella. Sus clases, siempre penetradas por un hondo sentido humano de la literatura, y siempre inquietantes por la infinidad de cuestiones sobre las que nos hacía reflexionar incitándonos a no quedarnos con las explicaciones trilladas, no le eran suficientes. Recuerdo, entre otras iniciativas, la convocatoria, para todo el que quisiera ir, de una especie de conceyu abierto académico, un Seminario de investigación, en el que pacientemente nos fue enseñando a manejarnos con la herramienta de la que teníamos más necesidad. La divisa que Kant había propuesto para la verdadera ilustración, «sapere aude», atrévete a saber, era ya entonces para él, como lo ha sido siempre, algo que sentía y practicaba con la más absoluta convicción.

Poco sabía yo de sus intereses dieciochistas, porque sus clases, de acuerdo con los programas establecidos, se centraban en la literatura medieval y en la de los Siglos de Oro. Empecé a darme cuenta cabal de ello a través de las conferencias y reuniones que organizó desde la Cátedra Feijoo, especialmente el coloquio sobre Los conceptos de rococó, prerromanticismo y neoclasicismo en la literatura española del siglo XVIII en el que ofreció una personal y revolucionaria visión de estas tres nociones historiográficas aplicadas al teatro español.

Con todo, confieso que no dejé de sorprenderme cuando un día, al poco de empezar el quinto curso de carrera, me llamó a su despacho para proponerme algo tan insólito como formar parte de un centro de investigación sobre el siglo XVIII. Insólito, claro está, para mí, pues por entonces el XVIII apenas representaba poco más que algunos temas dentro de un programa muchísimo más vasto, y el profesor Caso que yo conocía era, ante todo, el profesor del Libro del Buen Amor y de La Celestina, de Garcilaso y Fray Luis de León. Sentado en su pequeño despacho de la antigua Facultad de Letras, desplegó sus ideas; con calor, pero sosegadamente, como ha sido siempre su costumbre. Hablaba con tanto convencimiento y con una visión tan clara del proyecto, que si no fuera por la evidencia de que todo estaba por hacer, hubiera creído que era algo en funcionamiento desde hacía tiempo. Y no era así. Ni había personal, ni dinero —sólo las pesetillas con las que se sostenía la Cátedra Feijoo ni tampoco libros: apenas dos estantes en el pequeño Seminario de Literatura Española. Sus palabras bastaron, sin embargo, para sentirme captada por el proyecto, y para reorientar totalmente mis planes de futuro que, como para la mayoría de mis compañeros, se encaminaban hacia la más familiar literatura contemporánea o hispanoamericana, cuando no a la de épocas más pretéritas.

Y empezamos a trabajar. Con cosas muy modestas al principio, aunque siempre con renovada ilusión. Inicialmente fuimos sólo dos los becarios. Con el tiempo fueron incorporándose algunos otros, procurando que el equipo fuera adquiriendo el carácter de interdisciplinariedad con que el Centro se había diseñado: Juan Fernández, Álvaro Ruiz de la Peña, Natividad Nieto, Dolores Mateos, Javier González Santos, María Teresa Caso y algunos más que por azares de la vida tuvieron que dejarnos pronto: todos compañeros maravillosos, unidos en un mismo empeño, y en un mismo afecto y respeto intelectual hacia nuestro Director y siempre amigo.

Debo decir aquí que esos pocos, este pequeño y heterogéneo grupo; siempre hemos querido ser y actuar, mejor o peor, como un equipo, amistoso, de trabajo. Como el equipo al que José Caso nos convocaba, desde su buen sentido y cordialidad inagotables, para hacer más eficaz y hacedera la tarea común. Es posible —estamos también hoy un poco en la hora de las confesiones— que esa amistad compartida haya interferido, quizá más de lo que cabría

esperar en una institución universitaria, en las tareas ajenas, porque jamás las cosas de los otros nos han sido indiferentes. A la altura de estos veinte años puedo decir, sabiendo que soy fiel a los sentimientos de todos nosotros, que en el Centro hemos procurado trabajar mucho, pero también que lo hemos hecho sintiéndonos francamente bien. En torno a un café, un periódico o un folio en blanco que apenas empezaba a dejar de serlo, hemos pasado espléndidos ratos de conversación que nunca hemos dejado por perdidos; ratos de charla relajada y amena, de discusión cordial a veces, hechura de la gran dosis de receptividad, capacidad de análisis, verbo fácil y excelente sentido del humor de quien era, y por fortuna sigue siendo, su principal promotor: nuestro propio Director.

Y trato de retomar el hilo de esta historia cordial. En 1972 el Centro se hizo mayor de edad con la aprobación de sus estatutos por parte de la Universidad y del Ayuntamiento de Oviedo. Vinieron los primeros socios —de Italia, de Francia, de América, de la antigua U.R.S.S., de Inglaterra...; los anaqueles de la biblioteca se fueron quedando pequeños con la llegada de nuevos libros, antiguos y modernos, pagados de manera que hoy se me antoja, a la vista de lo exiguo del presupuesto, poco menos que milagrosa. Salieron las primeras publicaciones, el Boletín; preparamos el II Simposio sobre el P. Feijoo y su Siglo que se celebró, con extraordinario éxito de participantes, en 1976... En fin, conseguíamos ir dando pasos adelante. Recuerdo con especial alegría cuando pudimos trasladarnos a un espacio más amplio y autónomo, en los altos de la antigua Facultad de Letras, cuyas obras de acondicionamiento pudimos financiar con la generosa ayuda de aquel ilustre asturiano transplantado a México que fue D. Carlos Prieto y de Jesús García Peláez, miembro incondicional de la Junta Rectora, desgraciadamente ya desaparecido. A partir de entonces éramos ya, físicamente, el Centro de Estudios del siglo XVIII, o para nuestros alumnos y el personal de la Facultad, sencillamente «El Siglo». ¡Tan grande como nos parecía y tan minúsculo y pequeño como ha quedado al trasladarnos recientemente al nuevo Campus de Humanidades! En una carta de aquella época, escrita desde su veraneo en La Vecilla, me relataba don José Miguel Caso, junto con lo que estaba siendo su particular plan veraniego —mucho trabajo y alguna que otra concesión a su vieja afición por la montaña—, su satisfacción por ver cómo éstas y otras dificultades se iban resolviendo. Espero que no se enfade si caigo en la tentación de traer aquí alguno de sus párrafos: «... He terminado lo que me traje de Feijoo, he empezado una antología de escritos estéticos de Jovellanos, me he releído la Poética de Luzán y algún otro libro, he redactado algunos papeles del Rectorado, he caminado algo, he subido los 600 metros de Peña Galicia y hasta he sudado en Gijón...». Y un poco más adelante: «Peláez me da un donativo para las obras del Centro, y habla de arrancar algo a [...]. Con todo esto creo que liquidaremos las cuentas de la obra». Y es que el Centro, al igual que

para Jovellanos su querido Instituto, siempre ha estado plenamente —matrimonialmente, me atrevería a decir— identificado con su existencia.

Y vuelvo un poquito más atrás. Tras un tiempo como Secretario General de la Universidad, en diciembre de 1972 fue nombrado Rector, cargo en el que tras la elección de un año después —la primera de las democráticas en época de Franco— permaneció hasta finales de 1976, en que voluntariamente solicitó el cese, de acuerdo con los límites que él mismo se había impuesto, para volver a sus tareas de siempre.

Con el nombramiento de Rector, confieso que todos nosotros tuvimos la tentación de pasar por una cierta sensación de orfandad. Nunca, sin embargo, llegamos a sentirla de hecho. Sacando el tiempo de donde podía, procuraba venir al Centro casi a diario; atendía los asuntos pendientes, seguía haciendo fichas para la sección bibliográfica de nuestra revista, ayudaba y animaba a los que nos había tocado liberarle de parte de su carga docente, y se las arreglaba para reservarse y reservarnos gratísimos espacios de tertulia. Gratísimos, aunque no siempre tranquilos, si recordamos lo borrascoso de aquellos años de contestación antifranquista. Pese a todo, el combinado Rector-Profesores No Numerarios —pues eso éramos todos los que trabajábamos con él— que podría haber sido explosivo, se resolvió y se condujo con la mayor naturalidad y bonanza. Y claro está que de ello tuvo buena culpa la bonhomía, tolerancia y capacidad de querer bien del Rector Caso. Un Rector —me parece de justicia decirlo— que sirviendo con toda su alma al cargo, jamás quiso servirse del mismo para privilegiarse él o para privilegiar algo que le era tan querido como el propio Centro. En eso fue absolutamente tajante.

Tampoco abandonó la investigación. En sus repetidos viajes a la capital, nunca dejaba de salvar de su apretada agenda paréntesis de tranquilidad para encerrarse en la Biblioteca Nacional y continuar con las tareas que por entonces tenía entre manos. Que no eran pocas.

En 1977 terminó, como he dicho, por decisión propia, su etapa rectoral, dejando logros tan importantes como la creación de las Facultades de Económicas y Filosofía y Ciencias de la Educación y la de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas, la terminación de las obras del edificio de la Facultad de Medicina, el proyecto definitivo del nuevo Campus de El Cristo, la adquisición de los terrenos para el nuevo campus gijónés de Viesques y, en fin, la petición, al Ministerio para autorizar por primera vez en muchos años, en 1974, las elecciones democráticas para el cargo de Rector de la Universidad de Oviedo. Y le recuperamos a tiempo completo. Se multiplicaron los trabajos de investigación, alcanzando de entonces acá más de sesenta títulos entre artículos, libros y ediciones críticas. Si a ello sumamos los más de cincuenta publicados en los años anteriores, se hace patente algo que los que le conocemos hemos sabido siempre: que es un trabajador absolutamente infatigable, metódico y cabal, pues su trabajo, con ser mucho, jamás le ha supuesto el

menor conflicto para atender los reclamos de la familia, la amistad o los de los problemas del entorno político y social. Un trabajador, también, de amplio espectro, aunque siempre nítidamente definido: lo que le ha permitido sustraerse a las siempre fáciles tentaciones de la dispersión o del asfixiante monotemismo.

La porción mayor de su dedicación se la ha llevado, ciertamente, el siglo XVIII, enveredada a través de diversas líneas de investigación. Diversidad, insisto, que no dispersión, pues por encima, o por debajo, de esta dilatada labor se descubren unas motivaciones y unos nexos que la hacen profundamente unitaria y congruente. Apuntaré las cuatro que se me antojan más evidentes: recuperar ese siglo en su propia identidad, tratando de entender el verdadero significado de sus obras y de sus gentes, sin prejuicios de ningún signo; ofrecer textos fiables en ediciones críticas solventes, empezando por el propio Jovellanos, quizá el autor del que era más urgente ser reconocido en su verdadera y genuina voz; preguntarse, y dar respuestas precisas, sobre lo que fue y lo que significó, especialmente en España, ese gran fenómeno histórico de la Ilustración; y, por último, sistematizar y poner orden en los complejos problemas de la periodización cultural y literaria. Y todo ello sin dejar de añadir nuevos eslabones en los temas que siempre le han preocupado: el Romancero y la épica medieval, el Cantar de mio Cid, el Mester de Clerecía, el Lazarillo de Tormes, Cervantes, Fray Luis de León, Juan de la Cueva, Calderón, Valle Inclán, Buero Vallejo, la cultura y literatura asturianas, etc. etc.

Tengo que terminar, aun a sabiendas de que cuanto he dicho apenas es un pálido esbozo de lo que ha sido la intensa trayectoria humana e intelectual de este neo-ilustrado que tan bien ha sabido encarnar en nuestro tiempo lo mejor de aquellos hombres que en el Setecientos hicieron posible ese gran movimiento regeneracionista que fue la Ilustración. Un hombre, un maestro, que ha entregado sus mejores energías a la docencia y a la investigación, exhibiendo en ello, como en toda su vida, la más desbordante humanidad.

Pero no quiero hacerlo sin manifestar, en nombre del Comité Organizador de este Homenaje nuestra sincera gratitud, a todos los que con su apoyo y colaboración lo han hecho posible:

A Juan Sebastián López Arranz, Rector de la Universidad cuando tomó cuerpo el proyecto de estas Jornadas, el primero a quien hicimos partícipe de él, que lo acogió como cosa propia y nos incitó, cordial e imperiosamente, a ponernos de inmediato manos a la obra.

Al Excmo. y Magco. Señor Rector D. Santiago Gascón, que hizo suyo este compromiso, hurgando en las siempre menguadas arcas universitarias para correr con una parte de los gastos.

A los Ilmos. Alcaldes de Oviedo, Gijón y Cangas de Onís, Gabino de Lorenzo, Vicente Álvarez Areces y Alfredo García Álvarez.

A la Caja de Asturias.

A la Consejería de Cultura, Educación y Deportes del Principado de Asturias.

A la Sociedad Española del Siglo XVIII.

Al Real Instituto de Estudios Asturianos.

Al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

A D. José Cosmen Adelaida.

A los Directores de los Departamentos en los que trabajan los que formamos el equipo de investigación del Instituto, con especial mención para el de Filología Española, Dr. D. José Antonio Martínez García, tenazmente empuñado en estas Jornadas desde sus inicios.

Al Decano de nuestra Facultad, Dr. D. José Ramón Fernández que gustosamente nos acoge.

Nuestra gratitud asimismo a todos los Ponentes y participantes en las Mesas Redondas, afanados desde hace años por recuperar la verdad histórica del siglo XVIII, y unidos al Prof. Caso por viejos lazos de amistad, que, todos sin excepción, acogieron con el mayor entusiasmo y generosidad nuestra invitación a participar en los actos programados.

A quienes, con desinterés admirable, han venido de dentro y fuera de España para acompañarnos en estos días.

Y a todos aquéllos que nos han hecho llegar el testimonio de su afectuosa adhesión al Homenaje.

Y como estas Jornadas son conmemoración de veinte años de historia, quiero tener un recuerdo especial y emocionado para quienes, desgraciadamente, no podrán acompañarnos: Jesús Luis García Peláez, humanista en el más hermoso sentido de la palabra, Miembro de la Junta Rectora del Instituto desde los primeros tiempos, luego Presidente del Consejo Social de nuestra Universidad, y siempre dispuesto a echar sobre sí la nada atractiva misión de velar por las escuálidas finanzas de nuestro centro; Joaquín Arce, unido a Caso por viejos lazos de amistad y devoción jovellanista; Jöel Saugnieux, con el que tantas horas gozosas pasamos en Oviedo o en Lyon; José Antonio Maravall, maestro de todos, siempre dispuesto a apoyar y a estimular nuestro trabajo; Werner Krauss, Germán Zamora, Miguel Avilés, Olivier Ott, Horst Bäader: todos Miembros Asociados del Instituto, ya fallecidos.

Y ahora sí que termino. En un domingo de reparto de premios en su querido Instituto, Jovellanos hace una sentida anotación en su Diario: «Les dije alguna cosa, no muy sobre mí; estaba muy conmovido». Yo que, como la más antigua del Instituto, he asumido –gustosísimamente– la responsabilidad de dirigirles estas palabras de acogida y de gratitud para nuestro querido Director, también he tenido que decir «alguna cosa». Me temo que bastante peor que como lo haría don Gaspar, aunque a emoción, –me atrevo a decir– no creo que me gane.

Hace unos años el Profesor Caso escribió: «Creo que la historia la hacemos todos, pero no todos de la misma manera ni con la misma intensidad». Quienes hoy estamos aquí queremos decirle que la que él ha hecho, tan intensa y tan singularmente fecunda, es para nosotros un regalo. Querido maestro, querido don José Miguel: gracias por su ejemplo.

Y muchas gracias a todos».

Culminada ya la fase de preparación de estas Actas, quiero añadir una mención muy especial para Belén Villa Osoro, Auxiliar Administrativa del Instituto desde hace años, por la parte fundamental que en todos los trabajos han tenido su ilusión y tenacidad.

Inmaculada Urzainqui

Directora del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII